



LA CONQUISTA
DE MÉXICO
TENOCHTITLAN

David Peña-Alfaro

LA CONQUISTA
DE MÉXICO
TENOCHTITLAN



Primera edición: mayo de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© David Peña-Alfaro

ISBN: 979-13-87814-40-3

ISBN digital: 979-13-87814-41-0

Depósito legal: M-12267-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Hilda, Mariana y Marisa

Dos tienen nombre con Eme,
la otra lo tiene con Hache:
Esa es la que da toloache
y no deja que blasfeme.
Lo afirmo, aunque me tateme:
Una Eme enseña en la escuela
y es buena pa' la cazuela;
la otra hace de ciencia acopio
hurgando en un microscopio...
pero no hacen a Hache abuela.

PREFACIO

Hace tiempo sentado —tan cómodamente como se puede estar en una silla de un bar para turistas— frente a la Giralda, en Sevilla, me sobrevino una extraña sensación que, por un instante me sobrecogió. Mentalmente comencé a cruzar una serie de puentes maltrechos entre Sevilla y la ciudad de México, donde crecí.

Ahí, frente a la grandiosa catedral de Sevilla, no pude dejar de imaginar cuántos osados navegantes y valientes marinos habían dejado la tranquilidad de ese puerto, quizás teniendo a la Giralda en su mente, para embarcarse en lo que sería la aventura de su vida, y que tendría como colofón la conquista de Tenochtitlán, en el corazón de México, y que marcaría, a fin de cuentas, la consumación de una de las más grandes culturas del mundo.

Es cierto que muchos de los conquistadores que acompañaron a Cortés en su increíble y loca aventura —incluidos algunos de sus principales capitanes, como Alvarado—, eran extremeños, pero en el siglo XVI, la capital de la navegación en España, y quizás en el mundo, era Sevilla.

Así, imaginé a hombres ansiosos de alterar su destino, trocándolo por la muerte o por una barra de oro, santiguándose fervorosos antes de dejar tierra firme. Los supuse dubitativos, feroces, listos para que el viento marino les golpeará

las sienes y para que el aleteo de las velas ensordeciera sus sentidos.

De la misma manera, traté inútilmente también de imaginarme a Tenochtitlán, con sus templos y canales, con sus centros ceremoniales, sus calzadas y su ejército siempre victorioso; su lucha permanente entre esa águila enhiesta y reptiles que la quisieran, infructuosamente, vencer.

Repasé imágenes del encuentro fatídico de estos dos mundos violentos y salvajes, llenos de héroes y de tiranos, de artimañas y doctrinas, de obsidias y arcabuces, de misas y sacrificios, afanes de poderío, de corazones latiendo levantados al cielo e inquisiciones hostiles. ¿Cómo había sido posible que la nación mexicana se hubiera erigido en los hombros de estas dos culturas gigantes tan diametralmente opuestas y cercanas?

Me presentí asimismo contando la historia de esa guerra, de esos momentos del vivaz siglo XVI que cambiaron el rumbo de América y de Europa, tal y como lo estaba haciendo Magallanes en el océano pacífico en esos mismos momentos.

La afición por la versificación que me ha acompañado toda la vida me aconsejó, quizás con un dejo de puya, que esa narrativa podría hacerse en décimas, esos pequeños trozos de octosílabos que lanzó al mundo un vihuelista rondeño a finales del siglo XVI.

De esta manera, de vuelta a mi casa, me senté frente a la pantalla y posé los dedos en un teclado que me provocaba unas irrazonables palpitaciones en las yemas. Todo inició como un juego..., un divertido rompecabezas octosílabo que amontonaba palabras que a veces se negaban tercias a rimar una con otras. Inicié con Tenochtitlán y sin darme cuenta la historia se fue abultando, hasta que apareció firme y sereno Hernán Cortés.

No quería que la historia fuera una loa a Cortés ni que este me cercara y se autoproclamara el héroe de la trama; sin embargo, fue complicado hacerlo retroceder durante la encarnizada batalla que libré con él a través de más de doscientas décimas. Su tenacidad me obligaba a echar mano de cuanto recurso literario estaba a mi alcance para replegarlo y ponerlo en el sitio que le correspondía, pero he de admitir que varios de mis intentos fueron vanos.

En muchas, muchísimas ocasiones, he caminado por el centro de la Ciudad de México, escuchando atento esos peculiares ruidos que emanan del zócalo, pensando: ¿cómo sería si...?, ¿qué hubiera pasado si...? Pero eso ya no existe, y lo que logro ver enfrente es una soberbia catedral que mira con cierto desdén a unas hermosas ruinas que orgullosamente flanquean lo que ahora llamamos Museo del Templo Mayor.

Como terco capitán de barco en medio de un motín de consonantes, continué con mis episodios de diez líneas con esa caprichosa rima espinela —A / B / B / A / A / C / C / D / D / C— que me hacía tamborilear la mente en un inexplicable vaivén.

Siempre he tenido una atracción a los temas de la conquista de Tenochtitlán. Recuerdo que en épocas de la Secundaria eran lecturas obligadas; en el sentido de trabajo forzoso, leí *La visión de los vencidos* y algunos capítulos de *La historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Sin embargo, según recuerdo, estos textos no nos ofrecían una historia homogénea y clara de los hechos, y nos dejaban (por lo menos a mí) un poco más confundidos que antes. El hecho es que cada uno, como podía y si quería, tenía que hacer remiendos, en el mejor de los casos, con lecturas paralelas

a través de los años. Algunas de ellas están incluidas en la bibliografía.

Sin lugar a duda, esos textos me acompañaron al escribir estas décimas, pero he de admitir que fueron los libros *La conquista de México*, del historiador Hughes Thomas, y *Vida de Hernán Cortés. La espada*, de Christian Duverger, los que utilicé como columna vertebral para versificar esta historia de tramas, de amores, de afanes, de odios, de venganzas, de avaricias, de lujurias, de soberbias y otros pecados capitales que harían palidecer a una telenovela mexicana.

De la misma manera, decidí poner punto final a esta historia «decimada» al finalizar el sitio a Tenochtitlán el trece de agosto de 1521. Marqué esa raya en la tierra con la fina punta de la pluma, no con poca melancolía, y sabiendo que quedaban muchas décimas encalladas en la arena que no pude rescatar. De cualquier manera:

Tiene la última palabra
el lector, que es más juicioso,
para que juzgue el ocioso
intento de abracadabra.
Para que Pandora se abra
me lancé a esta aventura
creyendo que en la fechora
contaría algo alucinante
deseando que el resultante
complaciese la lectura.

TENOCHTTLÁN: GLORIOSA
E INEXPUGNABLE

Tenochtitlán era hermosa,
con altitud soberana,
su belleza se desgrana
con majestad bulliciosa.
Una ciudad victoriosa,
rodeada de cien montañas,
con dioses en las entrañas
que reflejan lo sagrado
en su lago enamorado
y sus villas aledañas.

Era un recinto sagrado
su centro ceremonial
siendo una gran capital
con un futuro gestado.
El sitio está amurallado
con pirámides grandiosas
con sus serpientes plumosas;
sus canales son torrentes
de mil guerreros valientes
que oran a dioses y diosas

Era un sitio inexpugnable
nunca en historia atacada
pues su natural vaguada
le da firmeza de sable.
Con su riqueza insaciable,
como lo muestra su zoco,
desde Tacuba a Texcoco,
y su avidez de conquista
con su historia ya prevista
que se enmaraña de a poco

Un poeta lo había dicho:¹
Veo que el águila, salvaje,
después de un glorioso viaje,
usó el nopal como nicho.
No es del destino un capricho
es de un Dios el corazón
que clama la aparición
de un sitio que es muy sagrado
porque la tierra ha gestado
¡Ya inicia la tradición!

1 Inspirado en poesía *náhuatl*. Poesía Anónima de los siglos XVI y XVI de Ómnibus de poesía mexicana. Zaid 43-44.

El náhuatl era el idioma
que es siempre suave y extenso
poemas de ritmo denso
se convertían en axioma.
La nación mexicana doma
y oprime villa tras villa
con un clamor que mancilla.
Los códices ilustrados
de papiros alargados
nos muestran esa mirilla

Es Moctezuma Segundo
un emperador flamante,
un digno representante
de aquel imperio fecundo.
La guerra es un don rotundo
que le da esclavos y bienes
también plumas y rehenes
que Moctezuma acapara
cual si así garantizara
la cuota en los almacenes.